

80. Corazones y cabezas

Concepciones de la moralidad: ¿Dios es lo que determina que una persona sea moralmente buena o sus sentimientos o un principio? ¿Buen o deber?

Tanto Schuyler como Tryne protegieron a los judíos de los nazis durante la ocupación de Holanda. No obstante, lo hicieron por motivos muy diferentes.

Tryne era una mujer cuyos actos de bondad eran puramente espontáneos. El sufrimiento y la necesidad le llegaban al corazón y ella respondía sin pensarlo. Los amigos admiraban su generosidad de espíritu, pero a veces le recordaban que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones. «Puedes sentir el impulso de darle dinero a un mendigo —le decían—, pero ¿y si se lo gasta todo en drogas?» A Tryne estas preocupaciones la dejaban impasible. Ante la necesidad humana, no podemos por menos de tender la mano.

En cambio, Schuyler tenía fama de mujer fría. La verdad es que no le gustaba mucho la gente, aunque tampoco sentía odio. Cuando ayudaba a los demás, lo hacía porque había reflexionado sobre su obligación y sobre los apuros en que se hallaban, y había concluido que lo correcto era ayudarles. No sentía ninguna satisfacción especial por sus buenas obras, sólo la sensación de haber elegido correctamente.

¿Cuál de las dos llevaba una vida moralmente superior?



A las personas como Tryne se las describe como «buenas», «amables» o «generosas» con más frecuencia que a las personas como Schuyler. Sentimos que su bondad se halla profundamente arraigada en su personalidad y fluye desde ellas de manera natural. Lo instintivo de su generosidad sugiere que la esencia misma de su ser es bondadosa. En cambio, por mucho que admiremos a las personas como Schuyler, no sentimos su bondad del mismo modo. A lo sumo, podemos llegar a admirar su disposición a someterse a lo que consideran su obligación.

Es interesante que respondamos de esa manera. Si la moralidad consiste en *hacer* lo correcto, dista de ser evidente que Tryne sea moral-

Opinión
moralmente
de moralidad
resiste en los
sentimientos.

problemas:

de hecho, como hemos sugerido, quizá tenga más probabilidades de obrar mal Tryne, con toda su candidez, que Schuyler. (Por ejemplo, si viajamos por África, los niños nos pedirán frecuentemente lápices o incluso dinero. Tryne daría sin duda. Pero probablemente Schuyler pensaría un poco más y concluiría, al igual que la mayoría de las agencias de desarrollo, que este tipo de donaciones fomentan la dependencia, amén del sentimiento de inferioridad e indefensión. Es mucho mejor hacer la donación directamente a una escuela y preservar la dignidad de aquellos a quienes deseamos ayudar.)

Existe una segunda razón para atemperar nuestros elogios a Tryne. Como sus acciones no son fruto de la reflexión, ¿no es una simple cuestión de suerte el hecho de que tienda a obrar bien? ¿Por qué elogiar a alguien tan sólo por sus buenas disposiciones naturales? O, lo que es peor, a menos que reflexionemos sobre nuestros sentimientos, ¿no podrían llevarnos por mal camino nuestros instintos? (Pensemos, por ejemplo, en las muchas personas que, a lo largo de la historia, han tenido en lo esencial la personalidad de Tryne, pero han sido educadas en culturas racistas. Tales personas eran a menudo tan irreflexivas en su racismo como lo eran en su bondad.)

Tal vez podríamos ir más allá. Schuyler es más digna de crédito moral precisamente porque actúa bien a pesar de su falta de empatía y compasión instintivas. Mientras que la bondad de Tryne no requiere ningún esfuerzo particular, el de Schuyler es un triunfo de la voluntad humana sobre la inclinación natural.

No obstante, el hecho de revocar nuestro juicio instintivo y de ver a Schuyler como la más digna de elogio moral plantea diferentes problemas. Después de todo, ¿no resulta extraño sostener que la persona cuya bondad se halla más íntimamente imbricada en su personalidad es menos virtuosa que aquella que sólo hace el bien porque razona que es su deber?

La solución trillada del dilema consiste simplemente en decir que la bondad requiere la unión de cabeza y corazón, y que, aunque tanto Tryne como Schuyler manifiestan ciertas facetas virtuosas, ninguna de ellas nos sirve de modelo del individuo ético cabal. Esto es casi cierto, pero elude el auténtico dilema: lo más importante a la hora de determinar si somos seres humanos moralmente buenos, ¿son nuestros sentimientos o nuestros pensamientos?

esto como se hace: Describiendo la situación (que se usa en el ejemplo) en los términos en

VÉASE TAMBIÉN

- 17. La opción de la tortura
- 18. Exigencias racionales
- 50. El buen soborno
- 83. La regla de oro